

dos. El autor mantiene aquí una posición quizás excesivamente reservada con el propósito de no ir más allá de lo que dicen los textos. Hemos llegado, dice al concluir el capítulo bíblico «a la convicción de que, en el Antiguo Testamento, el Espíritu es una potencia divina presente y operante en la creación y en el hombre, pero no es Dios. En el Nuevo, en cambio, esta fuerza se revela más claramente como cercana a Dios, como formando un todo con Dios; sin embargo, no es llamada persona más que indirectamente, en cuanto que en algunos textos claves aparece como capaz de conocer y decidir, y viene equiparada con el Padre y el Hijo. En cuanto a la posibilidad de decir algo de la vida intradivina del Espíritu, las posibilidades parecen al fin más limitadas aún. En cualquier caso pensamos haber recogido indicaciones suficientes para fundar las profundizaciones dogmáticas y teológicas posteriores» (p. 31). Las páginas dedicadas al desarrollo de la teología trinitaria en la tradición oriental y en la occidental, resultan especialmente oportunas y fáciles de seguir por quienes se inician en el estudio de la pneumatología. La historia de la controversia sobre el *Filioque* está hecha con el pensamiento de fondo de que las tradiciones oriental y occidental son convergentes y de que esta cuestión, en sí misma, no tiene por qué ser un obstáculo para la unión. El capítulo dedicado a las recientes orientaciones de la pneumatología, tras presentar la actual discusión ecuménica sobre el *Filioque*, hace un esbozo de la pneumatología del Concilio Vaticano II y de las décadas posteriores.

La segunda parte ofrece una síntesis especulativa de la teología sobre el Espíritu. Comienza con un capítulo dedicado al origen del Espíritu Santo y sigue con otro dedicado a la consideración

del Espíritu Santo como amor del Padre y del Hijo, tan presente en la teología latina a partir de San Agustín. C. Porro se muestra muy crítico hacia esta concepción y, de hecho, delinea con claridad los problemas a que puede dar lugar. En este sentido, son de tener en cuenta las observaciones que hace a la posición de autores como F. X. Durwell y R. Cantalamessa (pp. 114-120). Esta parte termina con dos capítulos, dedicados respectivamente a la acción del Espíritu Santo en la Iglesia y en el mundo.

Finalmente, es justo decir que, a nuestro parecer, está muy bien elegida la bibliografía que se ofrece al lector.

Lucas F. Mateo-Seco

**Marino QUALIZZA**, *Il profeta oggi. Per una teologia della profezia*, Edizioni Paoline, Milano 2000, 259 pp., 13,5 x 21, ISBN 88-315-2074-1.

La cuestión de la profecía y del profetismo ha pasado al primer plano después del Vaticano II. Hasta entonces, la profecía se presentaba en la Apologética como un simple motivo de credibilidad, en cuanto milagro intelectual (predicción de hechos futuros). Por su parte el profetismo ocupaba un puesto determinado en los estudios bíblicos, con frecuencia como mero fenómeno histórico encarnado en la sucesión de los libros proféticos del Antiguo Testamento.

Con el último concilio ecuménico, la profecía ha adquirido una mayor riqueza y densidad. La profecía se presenta como una realidad en la que convergen palabra y acción, anuncio y empeño por la realización de la historia de forma que vaya al encuentro con Dios.

En este contexto hay que situar la obra de Marino Qualizza, docente de Teología Sistemática en el Studio Teológico Aquileiese di Gorizia-Trieste-Udine. El autor no ha pretendido realizar un estudio más sobre la profecía bíblica. Más bien ha tomado en consideración el sentido de la profecía que el cristiano está llamado a vivir hoy. La tarea del profeta hoy, piensa Qualizza, es la del cristiano que vive su pertenencia a la Iglesia como fruto de haber adquirido conciencia de su bautismo en el Espíritu.

La primera parte del trabajo que comentamos consta de un único capítulo sobre el horizonte histórico y cultural de los profetas del Antiguo Testamento, figura que culmina en Jesús profeta. Los títulos de los cinco capítulos de la segunda parte muestran la perspectiva en que se sitúa el autor: «La Iglesia escucha la palabra de Dios», «La Iglesia, realidad profética», «De la escucha a la palabra. El testimonio vivido», «La fuerza de la palabra»; «La encarnación de la profecía como actualización de la palabra en la historia».

El lector encontrará en estas páginas observaciones e intuiciones sugerentes. Sorprende, sin embargo, la bibliografía que aparece al final del libro, ya que se trata de obras sobre aspectos generales de la Teología y de la Iglesia, y apenas hay títulos que se refieran a la profecía y los profetas.

César Izquierdo

**Alonzo RAMÍREZ ALVARADO**, *Confesión de fe de Westminster y Catecismo Menor*, Editorial Clie, Barcelona 2001, 304 pp., 15 x 23, ISBN 84-8267-186-3.

Además del Credo apostólico y del Credo niceno, los reformados cuentan con una serie de escritos llamados con-

fesionales. No se trata de documentos que gocen de infabilidad, concepto que por otra parte es ajeno a la teología reformada. Son más bien expresiones de la fe que profesan.

Entre estos escritos, ocupa un lugar importante la Confesión de Westminster, elaborada por una asamblea nacional, ilustre y numerosa de teólogos y laicos reunida en Westminster, de julio de 1643 a febrero de 1648. La convocatoria, realizada a instancias del Parlamento, tenía como fin promover la reforma de la Iglesia episcopaliana inglesa según el modelo presbiteriano, nacido en Escocia el año 1560 por la predicación de John Knox. De este modo, se buscaba además asegurar la paz entre los reinos de Escocia, Irlanda e Inglaterra, debilitada por las luchas religiosas.

La Confesión de Westminster, salida de la pluma de Alexander Henderson, un delegado de la Iglesia escocesa, fue adoptada como expresión de fe por las Iglesias de Escocia, Inglaterra e Irlanda. Actualmente, después de no pocos avatares históricos y con algunas modificaciones, sigue siendo considerada escrito confesional por la Iglesia Libre de Escocia —también llamada Congregacionista—, por la Iglesia Presbiteriana Libre de Escocia, el Sínodo de Norte América y las Iglesias Reformadas de América Latina.

La Iglesia Reformada del Ecuador, fundada por misioneros de la *Presbyterian Church of America*, ha promovido y alentado esta traducción pensando no sólo en los estudiantes de Teología reformados, sino también en la predicación de los pastores presbiterianos. La introducción histórica y la traducción de estas obras han corrido a cargo de Alonzo Ramírez, doctor en filosofía y pastor presbiteriano en Ecuador.